

## UNA MIRADA AL CENTRO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE MÉXICO MANUEL RAMOS, FOTÓGRAFO DE MONUMENTOS

HIST. MARTHA ROSA MIRANDA SANTOS

Hubo una vez una ciudad de lagos, ríos y acequias, en donde el agua cristalina corría por monumentales acueductos y desembocaba en hermosas fuentes que surtían del líquido precioso a los mexicanos. Hubo una vez una ciudad de anchos paseos flanqueados por frondosos árboles, adornados con glorietas majestuosas, transitados por carruajes y algunos automóviles. Hubo una vez una ciudad en la que se erguían antiguas casas señoriales, iglesias engalanadas con cúpulas, torres y campanarios, conventos, vetustos edificios de sólida y pétreo estructura. Hubo una vez una ciudad plena de vecindades, de patios en donde la vida doméstica y laboral se fusionaba en una misma, de la que ahora no quedan más que fragmentos, restos que lentamente han cedido al arrollador e inevitable paso de la modernidad.

A lo largo de más de cuatro siglos, el centro de la Ciudad de México ha sufrido cambios sorprendentes, éstos no se han reducido únicamente a cuestiones ambientales, demográficas, políticas o económicas. La transformación de la otrora sede del imperio azteca, centro de actividades administrativas y económicas de la colonia española, y posterior capital de la República, ha sido tan vertiginosa como inaudita y ha traído consigo la destrucción de un buen número de edificios de todas las épocas, cuyo testimonio y valor tanto histórico como arquitectónico era invaluable.

Muchas son las imágenes que del corazón de la Ciudad de México se resguardan en la fototeca de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos del INAH, registros que van desde finales del siglo XIX hasta nuestros días; pero, las que el fotógrafo Manuel Ramos Sánchez tomó entre 1920 y 1935 son, en especial, documentos ricos e interesantes para conocer un espacio cotidiano y arquitectónico que se ha transformado notablemente. Importante fotoperiodista, nacido en 1874 en el Venado, San Luis Potosí, colaboró en las más renombradas revistas ilustradas y periódicos de principios del siglo pasado, Manuel Ramos también desempeñó el puesto de fotógrafo del Museo Nacional en 1913 y en 1914, fotógrafo de la Inspección Nacional de Monumentos Artísticos e Históricos, antecedente de la Dirección de Monumentos Coloniales, creada en el primer lustro del siglo XX a raíz de la ley de Monumentos que dictó Victoriano Huerta, y que un año después fue ratificada por Venustiano Carranza. La toma de miles de imágenes de los edificios históricos construidos en el centro de la Ciudad fue una de las principales tareas que se llevaron a cabo en esta institución; el registro del deterioro y estado en el que se encontraban los inmuebles construidos entre los siglos XVII y XIX permitió a la Inspección llevar a cabo la labor de conservación del patrimonio arquitectónico para la que se había creado. La conformación de un catálogo fotográfico arquitectónico fue una de las más importantes consecuencias del trabajo de un notable grupo de historiadores, arquitectos, ingenieros, restauradores y fotógrafos preocupados por la destrucción de la que eran objeto las muchas construcciones del Centro Histórico.

Manuel Ramos trabajó en la Inspección desde su fundación en 1914, hasta 1934 año en que fue cesado de su puesto. Este periodo fue prolífico para la vida profesional del fotógrafo; las

miles de imágenes que tomó durante este tiempo no deben considerarse únicamente como un registro de la arquitectura colonial mexicana. Su trabajo como "reporter" en la primera década del siglo XX le facilitó desarrollar una gran sensibilidad hacia la urbe que le permitió trascender las fachadas, los patios, los nichos adornados con santos y vírgenes de las antiguas casas, los conventos y los templos como meros elementos constructivos para dejarlos ver como espacios habitados, vividos y compartidos por una diversa gama de personajes. De las fotografías que Ramos tomó del primer cuadrante durante este periodo destacan las de los cientos de patios de las casas señoriales y de las que con el tiempo se habían convertido en ruinosas vecindades. Espacios solitarios o colmados de actividad, los patios que Ramos retrató reflejan la vida de aquellos tiempos, la transición del México decimonónico y pueblerino al México posrevolucionario y moderno. Los protagonistas de sus tomas son los niños de todas las edades, lo que otorgó al espacio el carácter lúdico del que aún goza, que juegan a las canicas, matatena, leen historietas, ríen y corren, conviven unos con otros, miran sin intimidarse a la cámara, en algunas ocasiones posan para el fotógrafo; las mujeres, personajes inseparables de los niños, también aparecen en las imágenes que muestra el papel que, como corazón de la vida doméstica, tienen los patios; en ellos cocinan, lavan y tienden la ropa de toda la familia, platican, se ponen al tanto de las últimas noticias. Aún más, los patios también son el lugar donde trabajan algunos hombres, mecánicos, albañiles y carpinteros, acompañados a veces de perros, gatos, aves de corral y hasta borregos, que atestiguan impasibles el paso del tiempo. Para Ramos fue imposible aislar a estos personajes de los escenarios en donde vivían, trabajaban y convivían, así pues, sus imágenes nos muestran la vida cotidiana de aquellos tiempos. Manuel Ramos recorrió calle por calle, callejón por callejón, casa por casa del Centro Histórico capturando con su cámara los instantes de soledad de las viejas construcciones, con sus patios vacíos, no tocados por el tiempo. Sin embargo, un buen número de sus fotografías muestra a los patios plenos de vida, como el espacio en donde se llevan a cabo un sinnúmero de actividades domésticas y laborales. Las escaleras, los nichos y sus esculturas de santos, las fuentes que algunas veces los adornan y embellecen se vuelven parte de la cotidianeidad, sus habitantes se los apropian y los usan para descansar, lavar, y para no dejar de cumplir con las obligaciones que la religión impone.

Por desgracia varios de los patios que nos muestran estas imágenes desaparecieron ante los intereses comerciales de los dueños de los edificios, que obstinados en recibir algún beneficio económico de sus propiedades decidieron en muchos casos, y ante la resistencia de la Dirección de Monumentos Coloniales, demolerlos para construir en los terrenos, edificios de varios niveles que alojarían más comercios. Sean pues estas imágenes una pequeña probada de la obra de este importante fotógrafo y de un México que se fue para no regresar.

Por un lamentable error, en el núm. 51 de *Diario de Campo* (enero-febrero 2003) se omitió señalar que la doctora Lilián González Chévez, autora del texto *El Éxodo de un pueblo nahua de Guerrero...* (sección En imágenes), es investigadora de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos y autora de las fotografías que ilustran el ejemplar señalado, así como de su correspondiente Suplemento (núm. 24), con excepción de las tituladas: *Invierno en Waukegan* y *Periodo invernal*. Una disculpa a la doctora Lilián González.